

Grünewalda

O

una fábula del infinito

Por Salvador Elizondo



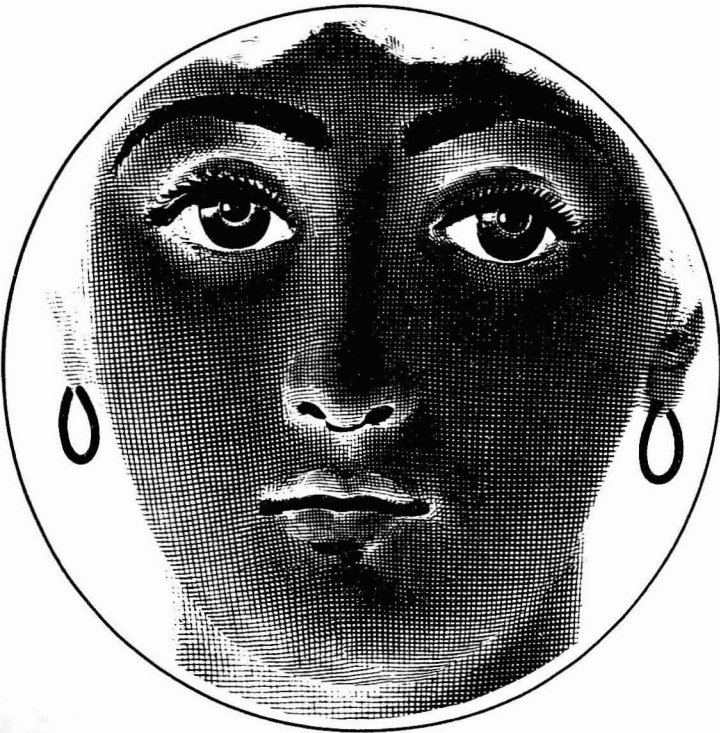
NO SABEMOS a ciencia cierta cuántos milenios han transcurrido desde que los hombres comenzaron a gastar la especie de las cosas interminables como si éstas fueran monedas de poca monta. El infinito ha pasado a ser, en nuestros días precarios, un concepto vinculado a la astronomía y a las matemáticas más que a la muerte y al infierno, más que al amor y a la noche y, desde luego, más a todas las cosas que a los abismos siempre imprevistos del alma humana; pero esas son las consideraciones sin importancia que por su propia banalidad siempre han impedido a los hombres tener una idea clara de lo que la palabra, el signo, realmente representa. No nos atañe, parece decir esa entidad indescifrable que es —todavía— la mente humana, una palabra que sólo tiene un significado necesariamente incomprensible. Y, sin embargo, esa palabra se aferra y permanece en el mundo de nuestra mente, en el mundo que *está* en nuestra mente, como si fuera porque sólo por estar allí tuvieran significado todas las demás palabras que existen; las palabras que solemos oír en la calle, las palabras dichas apresuradamente para dirimir un encuentro indeseable, el fin de un amor agobiante, o la consumación de un acto irremediable y terrible. Estamos ligados a lo intermi-

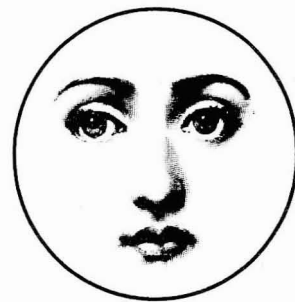
nable por un pacto de sangre y de carne y no podemos desentendernos de ello porque el infinito también, como la memoria, es la forma más imposible y más exasperante del olvido.

Buena cuenta he tenido de ello desde aquel día aterido y nevoso de enero, hace ya más de cien años, en que acompañé a Grünewalda al laboratorio quirúrgico-matemático del Profesor Kristalo, en Gstaadt.

Si digo que han pasado más de cien años desde entonces, lo mismo podría decir del tiempo transcurrido desde que ya escribí mi nombre al pie de las cuartillas que contienen el relato de esta aventura. Ese día aprendí, gracias a los artulugios del profesor Kristalo y a la intervención que le practiqué a Grünewalda, descrita con toda acuciosidad en las páginas de un pequeño volumen descubierto por mí en los sótanos de Blackwell's hace treinta y tres minutos, cuando las campanas de Christchurch y de la capilla de Magdalen rodaron sobre los adoquines de Broad Street como un chelín roto en sus doce peniques al mediodía justo, pero que Joy Morris me contó hace tres años en East Orange, New Jersey, que los años esa conjunción de términos tan absurdos mediante los que los hombres pretenden medir la condición estrictamente mortuoria que los define, así como los segundos que animan su estar en el mundo, vistos a través de la lente del infinito, nada significan, sino la vigencia de un compromiso que a nada ni a nadie nos ata y que el mundo mismo no es sino como esa abstracción del Abate Bonmot de Condillac: nada más una conjunción de hechos verbales que el tiempo no es capaz de calificar de una manera precisa. Y es que en todas las cosas del mundo, como en todas las cosas que conformaron nuestra pasión, el amor de Grünewalda y yo, interviene el imposible como la forma más clara del destino.

La relación exacta entre el Imposible y el Infinito no es, por otra parte, tan inexplicable como hubiera parecido a primera vista. Pero esto sólo lo sé ahora que estoy aquí, en este cuarto de hospital que Grünewalda ha hecho sahumar con su perfume favorito, como si con ello quisiera introducir una medida de imposibilidad en el curso de ese tiempo que tarde o temprano será avasallado por el olor menos refinado, pero más definitivo, del formol. Y digo que lo sé porque la estoy viendo allí, sobre la cama albeante, mientras prefiguro en la mente una composición que se hubiera intitulado *Grünewalda o Una fábula del Infinito*, y le pregunto a Karola, de la misma manera que me hubiera preguntado a mí mismo, hace cien años, en Gstaadt, en la clínica del Profesor Kristalo —si la historia del quirófano matemático del Profesor Kristalo fuera verdadera— ¿el rostro de quién recubren esos vendajes? ¿acaso el cuerpo de Grünewalda, el cuerpo bienconocido, desde





hace mil años, de Grünewalda, el que yace gimiendo, animado de débiles convulsiones, sobre esa cama de hospital? Si Karola y yo no estuviéramos viendo esa forma yaciente, allí sobre el lecho, no habría razón para dudar acerca de la identidad que los vendajes y las sábanas encubren. Pero esa es justamente la medida de la imposibilidad que la mirada, y no el perfume con que Grünewalda había hecho sahumar la habitación, confiere siempre a todos los hechos, a todos los rostros que creemos familiares.

La relación precisa entre el Imposible y el Infinito se precisa entonces como un acto de la mirada. Y no es que la vista sólo sea una adjunción accidental. En ella está la esencia de nuestro conocimiento exacto del curso que el tiempo sigue sobre nosotros, como si el tiempo fuera una carretera desvencijada que recorre un camino polvoso, y ya los anales de una filología siempre espuria registran, con toda certeza para Grünewalda, para Karola y para mí, la identidad tortuosa —descubierta por el profesor Köffenitz de Friburgo— entre las raíces últimas de los vocablos indogermánicos que sirven para designar la *línea* (o letra) *interminable* de las proto-lenguas himaláyicas y la *mirada lineal continua* que tanto Snelgrove como von Führer-Heimensdorf hacen originar en el patrimonio secreto de las iniciaciones tántricas. Bose por otra parte, ha propuesto

la idea de que existe una identidad grafónica entre este concepto y la sílaba *Om* Aúm; una afirmación que el profesor Jung hace suya sin objeciones y en la que parece fundarse (aunque esto no me parece del todo claro y habría que ver lo que opina el profesor Eliade, de Chicago, al respecto) para atribuir, no sólo un carácter hermético y alquimístico a las investigaciones acerca de la identidad entre la simbología y el lenguaje que el monje Tomás de Erfurt había iniciado en Europa en el siglo XIII, sino también para hacer reposar todo el peso de los orígenes de la lógica simbólica de Occidente en zócalos transcaucásicos.

No me detendría en la consideración tediosa de los aspectos filológicos que la crítica de la operación quirúrgico-matemática de Grünewalda entraña, si no fuera porque ellos ponen en relieve el papel preponderante que el Imposible ha jugado en el experimento; porque esa identidad que ahora, todavía, —hace más de cien años en Gstaadt— está permaneciendo oculta, es la de alguien que hubiera amado que en él, en ella, se realizara la conjunción que, a partir de Dom Tomás de Erfurt, hace seis o siete siglos, se busca: la de la Geometría y la Gramática. Una identidad totalmente operante. Pero entonces ¿qué sería de las desesperadas horas y horas de amor que Grünewalda me prodiga con un afán de ocultamiento? ¿qué sería de las tinturas para el pelo, las posturas convenientes, los ángulos fotogénicos, los vestidos apropiados y el mundo idóneo en el que es preciso vivir para que las canas y las arrugas, la fatiga demasiado pronta y la apremiante descomposición de la carne en general no se noten?

¿Qué hubiera sido del Reverendo Boole si las cosas de la vida no estuvieran sometidas a exactamente el mismo proceso que las cosas del lenguaje?

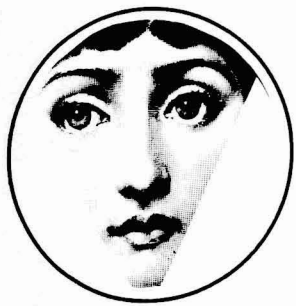
No hubiera pasado nada. Porque no lo están.

Y es que esa identidad veraz, la de Grünewalda —que no por ser desconocida es menos veraz— está condicionada por su propia esencia de veracidad; sobre todo si tenemos en cuenta una cuestión que sólo la casuística ha podido resolver satisfactoriamente: la de si es verdadera la verdadera identidad de la mentira.

Si lo es el Reverendo Boole tiene razón. Si no lo es Lord Russell está equivocado.

Pero acerca del valor-verdad de la mentira sólo tenemos el testimonio del P. Goyeneche, de la Compañía, que en un curioso fascículo, impreso en Amberes en 1813, afirma que la verdadera esencia de la mentira necesariamente tiene que ser la verdad. Un razonamiento que, aunque tiene un carácter extremadamente sintético, no carece, ciertamente, de una lógica eficaz.





De cualquier manera, la luz que la moral pueda arrojar sobre nuestra condición de contempladores o constataadores de un infinito, difícilmente puede menguar la magnitud de la noche. ¿Quién puede mirar el cielo claro, quién puede confrontar las estrellas en esa extensión absolutamente ajena a todos los lenguajes? ¿Acaso no bastan unos cuantos minutos de quietud y de silencio para volvernos locos si sabemos que *eso*, simple y sencillamente, no termina jamás? ¿basta, por otra parte, con mirar las estrellas para que tengamos una idea absolutamente definida de esa enfermedad del sueño que llamamos la realidad? Y no es que la idea de infinito tienda en todos los casos a subvertir o a revocar el concepto de realidad; esa es una idea que se encuentra siempre *entre*, en el centro justo de todas las antítesis que conforman el concepto. Es eso lo que media siempre, ineluctablemente, entre Aquiles y la tortuga, el punto en el que siempre está y no está la flecha de Zenón. Porque sí, la inteligencia es capaz de salvar esos abismos que la razón deja para que en ellos medren la poesía y el sueño.

Grünewalda había querido someterse a ese dolor regresivo sin tener en cuenta la existencia progresiva de Karola, su hija. Antes bien, había querido detener, mediante los procedimientos del Profesor Kristalo, el curso de la vida de los demás y no sólo el de la de ella.

¿Amaba yo a Karola?

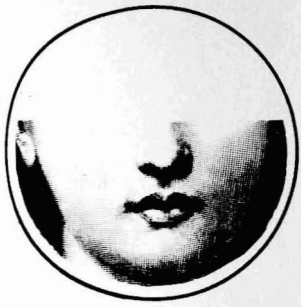
Nunca lo hubiera sabido. Grünewalda nunca me hubiera permitido tratar de adivinar siquiera la naturaleza de mis sentimientos hacia su hija. Grünewalda odiaba demasiado la aritmética como para haberme permitido incurrir en especulaciones que tendieran a dirimir un fenómeno que parecía la manifestación más clara del imposible; ese imposible que atentaba o hubiera atentado contra el sueño que, a toda costa, ella quería soñar. No sabía, sin embargo, que sólo los dioses son capaces de soñar sueños al margen de dos y dos son cuatro.

De hecho Grünewalda odiaba la aritmética tanto como odiaba a Karola. Su hija era el otro término de una ecuación que nunca se resolvía en una cifra favorable al término que ella representaba. Entre las dos se planteaba esa relación desquiciante que, si se tiene en cuenta la distancia infinita que existe entre Aquiles y la tortuga, plantean los intercolumnios de los templos dóricos. Si la distancia entre dos columnas es infinita, la distancia que media entre tres columnas necesariamente implica la noción de dos infinitos y la que media entre los intercolumnios de cuatro columnas implica la noción de tres infinitos además de los dos infinitos que se producen en cada

extremo de la serie. ¿Cómo puede esto ser posible? Sólo en el mundo de los números que es el mundo significativo de este mundo significado por ellos. Si la distancia entre Aquiles y la tortuga es infinitamente divisible y el punto en que está la flecha de Zenón no existe ¿quién soy? ¿qué es todo esto? Será preciso entonces invocar los argumentos del buen obispo de Cloyne para entender que la relación real entre Grünewalda y su hija Karola es de índole ideal y subjetiva; de hecho numérica; es decir: ficticia. Sí, ficticia como la realidad en la que hubiéramos supuesto que esa relación estaba entablada y lo mismo hubiera sido que los hechos hubieran tenido lugar hace más de cien años en Gstaad, donde tal vez han tenido lugar sólo porque a mí me gusta ese nombre, o que tuvieran lugar en otra parte después de que yo haya escrito mi nombre al final de esta fábula, o que hayan sido conocidos en una librería de Oxford hace 47 minutos, o en un departamento situado en South Munn Avenue, East Orange, NJ, USA hace más de tres años. De enteramente igual porque el infinito que había planteado la paradoja funcionaba siempre de la misma manera ineluctable, en todas partes y en todo tiempo. Es ésta, quizás, una de las propiedades más características de lo infinito.

A pesar de que que Karola "sólo tenía catorce años", como solía decir de ella su madre, Grünewalda había tenido buen cuidado de mantenerla siempre al margen de nuestro amor.





temerosa de que los atractivos ya plenos, aunque supuestamente precoces de Karola pudieran producir en mi espíritu agobiado por el perfeccionismo erótico de Grünewalda una impresión demasiado... digamos... hmm... recurrente. Sí; recurrente. Al fin de cuentas la tradición sexual, a la que que-ramos que no siempre subyace la búsqueda de una proporción aritmética armónica, me hubiera aproximado más a Karola que a Grünewalda y era yo quien se hubiera propuesto como ese elemento paradójico que hace que la distancia entre las dos columnas se vuelva infinita, siempre y cuando ese espacio, que sería yo, sea el que medie entre las dos columnas.

No hubiera sido fácil olvidar a Karola para quien la hubiera visto aquel día en que operaron a Grünewalda. Tal parece que Karola hubiera querido acentuar el carácter arqueológico de esa operación prodigando una belleza radiante a lo largo de los corredores grises de aquel hospital silencioso. Su larga y lacia cabellera color de tabaco le llegaba hasta el borde de la microfalda azul marino que apenas le cubría el pubis y de cuya basquiña emergían las prodigiosas y pródigas piernas enfundadas en unas medias blancas, calzadas hasta la rodilla con unas botas federicas de suave gamuza color de canela. El grueso tejido de un suéter de lana blanca, que hacía juego con las medias, lejos de desvanecer la firmeza del talle, acentuaba la rotundez de sus senos y la estrechez de su cintura intuida debajo, envolviéndola en un aura a la vez luminosa y tibia, invitándome a mí y a todos a acogernos a esos efluvios de mullida e inconsciente maternidad que parecían animar los pliegues sueltos del suéter blanco.

Fue entonces, mientras los cirujanos y los matemáticos se afanaban en torno al cuerpo anestesiado de Grünewalda para devolverle aunque sólo fuera parte de los años que ya había vivido, que comprendí que Karola representaba un grave peligro y que Karola *sabía* que representaba un grave peligro; que, por lo tanto, Karola tampoco tenía la edad que Grünewalda decía que tenía y que yo estaba envuelto en una aventura de la que sólo, tal vez, mis rudimentos de aritmética y la ayuda del profesor Frege, entonces de Jena, me podrían extricar.

—Se me han terminado los cigarrillos —le dije mientras esperábamos que trajeran a Grünewalda—; voy a la calle a comprar unos...

Quería salir de aquella habitación en la que la cama, que todo lo presidía, esa enorme cama desierta y acogedora, conjugada con la microfalda de Karola, era como un puñetazo en las narices de los dos únicos mandamientos de la ley de dios que a todos nos es imposible guardar.

—Para qué sales. Está nevando. Aquí tengo yo —me dijo

tendiéndome una cajetilla de Gauloises que de inmediato me hicieron pensar en la Legión Extranjera y en los marineros de la Cannebière.

—No sabía que fumabas —le dije.

—Sí; desde hace cinco años... a escondidas, claro.

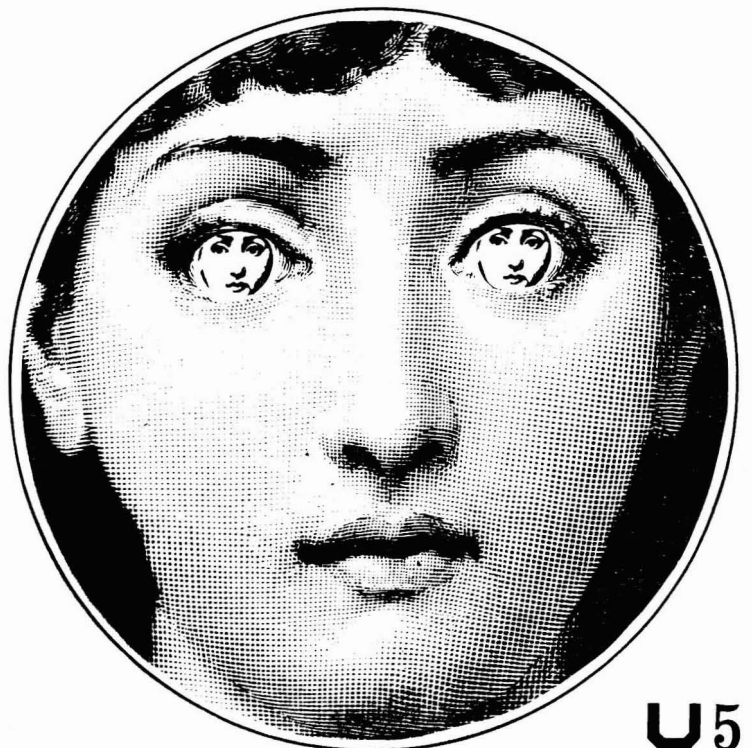
—¡Ah!

Con mano temblorosa, como dicen, le acerqué la cerilla. Aspiró experta y profundamente el humo del cigarrillo y lo guardó en su pecho, como se guarda un buen recuerdo, unos instantes durante los que yo la miraba estupefacto a riesgo de quemarme con la cerilla encendida que se me había olvidado entre los dedos.

—Te vas a quemar —me dijo sonriendo irónicamente y, en un solo movimiento, girando la cabeza lentamente como si hubiera querido ahuyentar un pensamiento triste, sopló sobre la cerilla acercando su rostro a mí; mucho. Sus labios casi tocaban los míos y de ellos emanaba un aroma a la vez legendaria y presente. Mientras la besaba, el aroma de ese cigarrillo que se me iba metiendo en la garganta despertaba en mi mente el recuerdo simultáneo de viejas películas de Jean Gabin y de las heroínas siempre irrealizadas de Francis Jammes.

Con mano temblorosa, como dicen, cerré la puerta a llave.

Cuando los camilleros trajeron a Grünewalda algunas horas





más tarde, la continuidad de un mundo que siempre habíamos supuesto inmovible estaba rota. Grünewalda no había tenido en cuenta mi afición imponderable al tabaco manufacturado por la *Regie Française des Tabacs* ni al hecho de que por más que disminuya la distancia que media entre dos columnas esa distancia siempre es interminable.

No sé si han pasado más de cien años o apenas unos cuantos instantes desde que los camilleros y las enfermeras tocaron en la puerta de este cuarto de hospital trayendo con ellos el olor a formol de los quirófanos y el cuerpo vendado y yerto de Grünewalda, dispersando con su presencia sospechosa y solemne, técnica casi, los aromas entreversados del perfume con el que Grünewalda había hecho sahumar el cuarto antes de la operación y el del tabaco de los *gauloises* de Karola. Pero todo ha cambiado.

—... Debo advertirle que sus memorias personales y sus sentimientos no me interesan —dijo interrumpiéndome el viejo profesor Frege.

—Sí, sí; comprendo, Herr Professor. Perdóneme; es que me dejo llevar por la emoción... por los recuerdos...

—Entonces bien, si la madre, a quien llamaremos G , antes de someterse a la operación tenía x número de años, y la hija, a quien llamaremos K , tenía y ; después de la operación K tenía n número de años menos de los que tenía G al someterse a la operación que tenía como objetivo fundamental producir una disminución, n , en su edad...

—El profesor Frege se puso de pie y se dirigió al pizarrón. Tomó un pedazo de tiza y conforme escribía los símbolos decía:

—... en tal caso, correlativamente si $Gx - n = E$ y E es la edad supuesta de G , entonces $Ky - n = E - (x - y)$, y si $x - y = d$, siendo d la diferencia entre las edades de G y de K y $d = y + 15$ suponiendo que 15 es el valor de la edad supuesta de K en ese momento o la edad de G en el momento de tener a K , entonces resulta que $x - n = y - n$ o sea: $x + y = n - n$, o sea: $x + y = 0$, lo que, por otra parte, es perfectamente lógico ya que el factor de disminución de edad funcionaría igual para G que para K ; pero supongamos que $x=40$ y $y=15$, ¡Ah, estimado señor!, entonces resultaría que $d=25$, y $25 - 15 = \dots$ ¡10!, lo que ni en las latitudes ecuatoriales es posible... ¿usted comprende ¿verdad?... Ahora bien, si como es viable suponer, sobre todo en función de su recuerdo de los *gauloises* y esas cosas $y=20$, entonces ya la cosa cambia porque eso nos daría una $d=20$ que con el mismo patrón algebraico produciría $x - n = y - n + 10$ que sería la diferencia entre los dos valores hipotéticos que hemos atribuido a la edad de

G y que son x y $x+10$. Por lo tanto, si en el momento de la operación $G=y+20$, la edad de K sería igual a $x - 20$ por lo que E , que es nuestra incógnita, sería igual a 0, lo que no es posible ¿verdad? y entonces lo único cierto es que en aquel momento ni G tenía y años de edad, ni K era igual a 15, ¿me entiende?...

Sí; tal vez los años, más de cien, han pasado desde que por primera vez en mi vida probé un *gauloise* de labios de Karola, aquel día en Gstaadt en que el Profesor Kristalo y los matemáticos que lo asistían en sus impecables cirujías trataron de introducir esas modificaciones radicales que la supresión del dominio del infinito hubiera conformado en torno a la figura desesperada siempre, de Grünewalda.

Pero de pronto alguien nos despertó. Estaba amaneciendo. El estado comatoso de Grünewalda había permitido a Karola acercarse a mi abrazo sobre el pequeño catre que para nosotros habían dispuesto las enfermeras en un rincón discreto de la habitación y sobre el que nos habíamos tendido ambos, como si fuera, más allá del sueño lejano e impreciso de Grünewalda. La carne de Karola, fresca como un repollo de marzo, clara como la más clara de las flores, se adormecía en mis manos al compás de la respiración estertórea y tediosa de su madre que era un hacinamiento de gasas oloroso a desinfectantes.

—Señor, señor... —me despertó la enfermera— ¡la señora ha muerto!

Sí; un número infinito de años; ese número que media siempre entre una columna y la siguiente.

El retrato de Grünewalda, por razones de tradición suntuaria y de respetabilidad familiar, preside sobre nuestro saloncito. Karola ha engordado un poco, pero conserva toda su juventud; su cuerpo es infinitamente más joven que el de su madre; sobre todo porque es mío.

Pero todo ha cambiado y yo no sé si aquí comienza o termina esta fábula acerca de la naturaleza, más bien irritante, de algunas cosas interminables. Sé que las cosas han cambiado desde que los campanarios de Oxford penetraron en los sótanos de Blackwell's en forma de monedas, desde que los camilleros tocaron en la puerta, en Gstaadt, hace más de cien años, desde que la enfermera nos despertó al amanecer, ahora, hace apenas unos instantes. Yo sé que las cosas han cambiado radicalmente, pero hay una que permanece siempre constante: ese espacio que el infinito ha interpuesto entre la inmensa lejanía que hay entre una columna y otra; un espacio que tiene la forma de un ánfora en la que el tiempo, la coéfara inquietante, vierte el vino de la eternidad.